



Lengua y revolución: un tema (re)discutible¹

Language and revolution: a (re)debatable topic

Klaus Bochmann

Universidad Leipzig

klaus.bochmann@posteo.de

Recibido: 14/5/2026

Aprobado: 29/6/2026

¹ Traductores: Orlando Valdez Vega, Universidad Autónoma de Nuevo León. Eldon Walter Longoria Ramón, Universidad Autónoma de Baja California. Dan Isaí Serrato Salazar, Universidad Autónoma de Nuevo León

Resumen

El artículo examina críticamente la relación entre *lengua y revolución*, cuestionando el lugar común según el cual las revoluciones no influyen de manera significativa en la lengua. A partir de aportes historiográficos de Markov y Kossok, se distingue entre revoluciones de corta duración y procesos revolucionarios de largo alcance, lo que permite situar la Revolución francesa dentro de un ciclo más amplio de transformaciones burguesas. El texto muestra que los cambios lingüísticos más profundos no se limitan al periodo 1789–1794, sino que se inscriben en procesos socioculturales prolongados que afectan la hegemonía ideológica y las prácticas discursivas. Se analizan fenómenos como la expansión del francés, la emergencia de nuevos géneros discursivos y la transformación del léxico, así como un caso comparativo: la rápida reestructuración lingüística del italiano en los años sesenta del siglo pasado. El autor concluye que solo una concepción amplia de “revolución” permite comprender cómo las transformaciones sociales estructurales inciden en la lengua como sistema, norma y práctica social.

Palabras clave: Lengua y revolución, Glotopolítica, Revolución francesa, Hegemonía ideológica, Sociolingüística histórica, Transformaciones sociales, Norma lingüística, Ilustración

Abstract

This article critically revisits the relationship between *language* and *revolution*, challenging the widespread assumption that revolutions have little impact on linguistic change. Drawing on historiographical insights from Markov and Kossok, the author distinguishes between short-term political revolutions and long-term societal transformations, situating the French Revolution within a broader cycle of bourgeois revolutions. The study argues that linguistic changes associated with the French Revolution were part of a longer historical process involving shifts in ideological hegemony, the expansion of French as a national language, the emergence of new discursive genres, and lexical modernization. A comparative case—the rapid sociolinguistic transformation of Italian in the 1960s—illustrates how major social restructurings can accelerate linguistic change. The article concludes that meaningful analysis

of “language and revolution” requires abandoning narrow definitions of revolution and instead linking linguistic evolution to deep sociocultural ruptures.y.

Keywords: Language and revolution, Glotopolitics, French Revolution, Ideological hegemony, Historical sociolinguistics, Social transformations, Linguistic norm, Enlightenment.

Lengua y revolución, un tema que, aunque los coloquios y publicaciones recientes acerca de las implicaciones glotopolíticas de la Revolución francesa sean múltiples, parece no interesar mucho a los lingüistas, en términos generales. Sin embargo, debería ser apreciado por quienes, en el marco de una lingüística materialista, se interrogan sobre las condiciones sociales de los hechos de lenguaje. Más aún cuando en toda concepción materialista de la historia la dupla conceptual “Revolución/reforma” ocupa un lugar de primer plano.

En efecto, a pesar del poco interés que los fundadores del marxismo habían prestado a los problemas del lenguaje, nuestro tema fue abordado bastante pronto por otros: en primer lugar por Paul Lafargue con “La lengua francesa antes y después de la Revolución” publicado en 1894 en “L’Ère nouvelle”; por la lingüística social soviética de los años veinte y treinta; por Gramsci en sus observaciones dispersas de los “Cuadernos de la Cárcel”. Sin embargo, a partir de 1950, el debate sobre la relación entre lengua y revolución fue sepultado bajo el discurso de Stalin en “Acerca del marxismo en la lingüística”. Por lo tanto, se consideraba un axioma o lugar común negar la influencia de la Revolución en la lengua. J.B. Marcellesi señaló en 1977 el hecho de que, a través de sus penetrantes observaciones sobre las relaciones entre sociedad, nación y lengua, Stalin favoreció el advenimiento del estructuralismo impidiendo el crecimiento de las tendencias sociolingüísticas *avant la lettre* que siempre habían existido en la Unión Soviética y en otros lugares. Bloqueaba también la discusión de nuestro tema. Es sorprendente también que entre los lingüistas que se dicen ser marxistas se mantenga todavía el mencionado lugar común.

Ahora bien, al día siguiente del Coloquio de Rouen sobre la “Revolución francesa y la socialización del hombre moderno” con su sección lingüística, luego los coloquios de Berlín Occidental, Montpellier, Bielefeld y Leipzig sobre la glotopolítica durante y después de la Revolución francesa, frente a las numerosas publicaciones sobre los problemas de lenguaje surgidos a partir de 1789, ¿hace falta aún interrogarse sobre la utilidad, incluso la necesidad, de discutir el tema de la relación entre lengua y revolución desde un punto de vista general y teórico? En mi opinión, no corresponde a la metafísica ponerlo nuevamente en el orden del día, siempre que se discuta en los términos adecuados. Antes de entrar en la discusión se deben definir los conceptos para saber de lo que estamos hablando. Como lingüistas de hoy en día, luego del “giro pragmático”, decir “lengua” debería significar no solamente “Lengua” en sentido saussuriano sino “hecho lingüístico” en un sentido global, ya sea la “Lengua” como un sistema de signos, el “lenguaje” como facultad humana o bien la práctica lingüística en el seno de la sociedad. Un término que reúna todos estos datos que exige una concepción moderna de la lingüística, no tiene relación alguna con los conceptos legados por el saussurismo.

¿Es más sencillo lo que concierne al concepto de “revolución”? ¿Basta con que el lingüista se conforme con una comprensión aproximada del término cuando se trata de un enfoque poco serio? Más bien pienso que hace falta apropiarse, en nuestro caso, de los avances de la historiografía y de la teoría historiográfica modernas. En este sentido, las reflexiones de Walter Markov y Manfred Kossok sobre el concepto de “revolución” derivadas de sus estudios comparativos sobre las revoluciones burguesas de los siglos XVII al XIX me parecen importantes para nuestro propósito. ¿De qué se trata?

En sus investigaciones sobre la historia comparada de las revoluciones, los dos historiadores de Leipzig sugieren distinguir dos acepciones de “revoluciones”, una que es estrecha y que entiende este término como un evento de corta duración que conduce a cambiar un poder político, y otro que designa un fenómeno de larga duración de la transformación de toda la sociedad, una ruptura en la evolución de la sociedad entera (Epochenumbruch o Formationswechsel; cf. Markov/Kossok 1974, p.8). La Revolución francesa se presenta así en sentido estricto como el paso del poder político de la aristocracia a manos de la burguesía; al

mismo tiempo se inscribe en el marco de todo este proceso revolucionario que inicia con la Ilustración para terminar con los movimientos de los que surgirá la Tercera República de la sociedad burguesa finalmente consolidada en todos estos aspectos. Por lo tanto, se inscribe en la revolución en el sentido amplio o en el ciclo de las revoluciones burguesas de Francia.

Para definir la función histórica precisa de una revolución, Kossok propuso, además, distinguir tres niveles de hegemonía, de los cuales la clase en ascenso histórico, la clase revolucionaria debe apoderarse: 1) Hegemonía socioeconómica, 2) Hegemonía política y 3) Hegemonía ideológica y cultural (cf. Kossok 1987, p.10). Como gramsciano, preferiría reservar el término hegemonía exclusivamente al ámbito ideológico y cultural; sin embargo, para el problema en cuestión, esto tiene poca importancia.

Aplicada concretamente a la Revolución francesa, la distinción muestra que la hegemonía en sentido propio, ideológica y cultural, había sido conquistada por la burguesía mucho antes de la Revolución de 1789 por los filósofos de la Ilustración, aunque el Antiguo Régimen dispusiera todavía de poderosos instrumentos, la Iglesia sobre todo. En el ámbito socioeconómico, la burguesía había conquistado posiciones importantes a pesar de la dominación de la nobleza. Lo que más le hacía falta a la nueva clase ascendente, era la hegemonía política. La función histórica de la Gran Revolución fue, por lo tanto, establecer el poder político burgués, para romper las estructuras feudales de la economía y consolidar la hegemonía ideológica. Y es en este último ámbito donde habían sido realizadas las opciones glotopolíticas en interés de la burguesía ya durante el siglo XVIII, a través de la apertura de la literatura y de toda la producción textual al léxico científico, técnico y político y la introducción de géneros destinados a un público más amplio. La revolución había iniciado mucho antes con la conquista de la opinión pública por los enciclopedistas y otras corrientes de la Ilustración; no se consolidaría definitivamente, sino con la ayuda de las revoluciones de 1830, 1848 y, en cierta medida, de 1870/71.

Pido perdón por esta digresión no lingüística para volver al término de lengua. Lo que sorprende hoy en día en el mencionado texto de Stalin es la falsa evidencia de los términos de “revolución” y de “lengua”. Ahora bien, la Revolución de 1789-94 dejó intacto el francés como Lengua o sistema estructural, abstracción hecha del léxico, sobre todo en los sectores

más inestables, como el vocabulario político y social (abstracción que es, sin duda, discutible, puesto que supone que la esencia de la Lengua es representada, sobre todo, por la gramática). En cambio, la norma admite algunos nuevos detalles que ya existían previamente como variantes sociales (la pronunciación actual de la combinación grafemática -oi-, por ejemplo); o bien, se precisa en algunas partes allí donde había variaciones o dobles no funcionales. El cambio más importante, sin embargo, se observa en todo lo que concierne al aspecto pragmático: extensión del francés como lengua nacional a todas las capas populares de todas las regiones (al menos como proyecto), toma de la palabra (o de la pluma) de personas hasta entonces excluida de la expresión pública, elaboración o puesta en circulación de nuevos géneros de texto políticos y literarios, nuevas estrategias discursivas y argumentativas...

¿Pero no habían sido anunciados o inaugurados todos estos cambios a lo largo del siglo XVIII? ¿Quién había introducido los temas políticos, filosóficos y científicos en el discurso literario, derribando los límites que la poética del siglo de Luis XIV había impuesto a los géneros, temas y léxicos de la literatura? ¿Quién había forjado o aprovechado géneros tales como el diálogo, el género epistolar, la novela de héroes burgueses y el diccionario enciclopédico, al tiempo que abría la literatura a un vocabulario hasta entonces proscrito y conquistaba nuevos círculos de lectores entre las mujeres y los entornos burgueses? La Revolución en el ámbito lingüístico había comenzado, por tanto, también antes de 1789 y no concluyó en 1794, ya que se necesitó todavía todo el ciclo de las revoluciones burguesas del siglo XIX para que se hiciera realidad la enseñanza obligatoria y general del francés, para que los últimos bastiones de la literatura fueran conquistados por toda clase de palabras y para que se consolidara la norma. La Gran Revolución marca, sin duda, una ruptura, porque aceleró en poco tiempo un proceso de larga duración. Sin embargo, limitarse únicamente a ella preguntándose qué impacto tuvo en la evolución de ese fenómeno complejo que llamamos lengua, sin tener en cuenta su lugar particular en la historia de Francia, no puede sino conducir a subestimar o bien a sobreestimar dicho impacto, como se puede observar fácilmente en la historiografía de la lengua francesa. Tiene poco sentido exigir demasiado a una revolución en sentido estricto en relación con la lengua.

Por consiguiente, preguntarse cuál puede ser la relación general entre lengua y revolución adquiere su valor epistemológico solo si somos conscientes de la acepción en la que empleamos ambos términos (recordemos, además, que "revolución" es también un término genérico que abarca realidades muy diversas: revoluciones burguesas, proletarias, nacionales...). Hablar concretamente sobre la relación que puede existir entre una revolución dada y la o las lengua(s) afectada(s) por ella debe suponer el conocimiento de su función histórica en relación con los tres niveles de hegemonía discutidos. Me parece, entonces, que los cambios en la lengua en su sentido complejo se manifiestan en y a consecuencia de una revolución, en la medida en que esta conlleva el cambio de toda la sociedad, el paso de una a otra de las grandes formaciones sociohistóricas. Es evidente que el ámbito de la hegemonía en el sentido gramsciano, en la ideología y las actividades culturales, desempeña un papel preponderante en lo que concierne a la lengua. Una vez reconocida y aceptada la importancia de la lengua como instrumento de socialización del hombre moderno, un grupo social que toma el poder político no tardará en servirse de ella desarrollando su propia glotopolítica.

Por otra parte, las grandes transformaciones en la historia de una lengua y de su práctica social no siempre pueden reducirse, siguiendo el ejemplo francés, a transformaciones revolucionarias. Que una sociedad se transforme por la vía de la revolución o de la reforma importa poco para el destino de la lengua a largo plazo. Los profundos cambios que sufrió la lengua italiana después de la Segunda Guerra Mundial muestran, sin embargo, otro caso interesante de impacto social sobre la situación lingüística. La mayor ruptura en la evolución del italiano se produjo durante los años sesenta de nuestro siglo. Lo que cien años de política escolar, centralizadora y unificadora no habían logrado hacer —a saber, la propagación del italiano estándar entre los italianos— se realizó con una rapidez incomparable. La norma estándar misma se transformó en el sentido de una simplificación de la sintaxis y de la morfología, y de una modernización del léxico que no concierne únicamente a las innovaciones necesarias del ámbito técnico, político y cultural, sino también al léxico cotidiano. Además, se formó una lengua coloquial, una *Umgangssprache* socialmente marcada: el *italiano popolare*.

¿Cómo explicar este salto en la historia del italiano? No puede dejar de relacionarse con la profunda reestructuración de la sociedad italiana en esa misma época: la implantación de una economía basada en el consumo de masas, la motorización general, la difusión de la televisión y de otros medios de comunicación, que arrastraron cada vez más a la totalidad de la población activa, al tiempo que destruían el tejido económico y cultural tradicional que había sido el terreno donde podían mantenerse los dialectos y las lenguas alóglotas. El hecho de que, al mismo tiempo, hubiera un despertar de la conciencia de numerosas comunidades minoritarias y de personas apegadas a sus dialectos se inscribe en la misma dialéctica, ya que a menudo se trata de un grito de alarma ante la desaparición de los modos de expresión populares y locales.

En Italia, un proceso de evolución lingüística y sociolingüística que en Francia se desarrolló entre el siglo XVII y los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial (pues fue entonces cuando la crisis de las lenguas minoritarias se manifestó plenamente) —un proceso de codificación y propagación de una norma de la lengua nacional— se realizó en unas pocas décadas. La razón de ello es el salto de una sociedad fundada en una economía atrasada a estructuras modernas de la economía y de la vida social.

Para concluir: es evidente que las grandes reestructuraciones sociales influyen a menudo (tal vez siempre) en las prácticas lingüísticas de la sociedad y en la lengua como sistema y norma. La ruptura decisiva es, sin duda, aquella que conduce a la destrucción de las formas tradicionales, precapitalistas, de la vida social donde el individuo está confinado en la colectividad local, sustituyendo estas formas sociales tradicionales por la socialización de los sujetos históricos en el marco del Estado moderno y de la sociedad en su conjunto. Lo que comenzó en la Revolución francesa sin haberse completado durante el siglo XIX, ocurrió en Italia de manera acelerada después de la Segunda Guerra Mundial. Cuestionarse sobre la relación entre "lengua y revolución" tiene, por tanto, una importancia teórica y práctica solo cuando abandonamos la visión fáctica del concepto de revolución, al tiempo que vinculamos los cambios en el ámbito de la lengua con las rupturas socioculturales.

Bibliografía

Kossok, M. (1987). Hegemonie und Machtfrage in den neuzeitlichen Revolutionen. *Leipziger Beiträge zur Revolutionsforschung*, 17(1), 6–31.

Marcellesi, J.-B. (1977). A propos du marrisme. *Langages*, 11(46), 3–22.

Markov, W., & Kossok, M. (1974). Zur Methodologie der vergleichenden Revolutionsgeschichte. En M. Kossok (Ed.), *Studien zur vergleichenden Revolutionsgeschichte 1500–1917* (pp. 8–38). Berlín, Alemania: Akademie Verlag.

Stalin, J. (1950). *Acerca del marxismo en la lingüística*. Moscú: Editorial Progreso.